

EL TEST DE GOODENOUGH APLICADO EN ANORMALES

En nuestro afán por conocer lo más exactamente posible la personalidad del niño anormal, para hacer más fructífera su educación, he aplicado en nuestro Instituto la prueba de la doctora Goodenough, después de haber obtenido con anterioridad la del Stanford-Binet.

El «test» en cuestión consiste en hacer dibujar al niño un hombre, escogiendo el mejor de sus dibujos, si ejecuta varios, y observar el número de rasgos de la figura humana realizada, a través de los diferentes puntos de vista siguientes:

a) *Cantidad de detalles representados* (cabeza, piernas, cabello, número de dedos).

b) *Proporcionalidad* (tronco más largo que ancho, tamaño de cabeza y extremidades).

c) *Bidimensionalidad* (cuello, boca y nariz en dos dimensiones).

d) *Intransparencia* (prendas de vestir, pocas o transparentes).

e) *Congruencia* (miembros unidos al tronco; cabello circunscrito o que exceda de la cabeza; armonización de prendas).

f) *Plasticidad* (pulgar en oposición; ubicación correcta de orejas; mano, dedos y brazo diferenciados).

g) *Coordinación visomotora* (seguridad en el trazado, simetría de facciones).

h) *Perfil* (errores o exactitudes en el mismo).

Con esto puede comprobarse el grado de perfección del dibujo de la figura humana por medio de la ausencia o presencia de sus ítems o rasgos. Se adjudica un punto a cada uno de los presentes y reuniendo en un cómputo total los rasgos dibujados se convierte más tarde en edad mental y cociente intelectual.

Aunque la prueba sólo es válida para niños normales comprendidos entre los tres y trece años, la hemos aplicado en anormales hasta de quince, ya que su deficiencia nos permite aprovecharnos

de la prueba, por cuanto no han llegado a salvar positivamente el número completo de ítems.

Una vez obtenidas las puntuaciones de los niños, según los dibujos, las hemos comparado con las del Stanford-Binet, hallando su correlación.

Es poco numeroso el conjunto de sujetos con los que hemos realizado la prueba, cincuenta y ocho en total, de los cuales treinta y dos son niñas y veintiséis niños; esto da lugar a que las conclusiones derivadas de esta experiencia no tengan ese carácter de generalidad alcanzado por la aplicación a un número considerable de sujetos; sin embargo, hemos preferido el pequeño número por tratarse de anormales, con lo cual nuestra experiencia gana en comprensión de detalles lo que adolece en extensión, puesto que los sujetos sometidos a la prueba están siempre a nuestro alcance, en contacto diario con ellos y bajo nuestra observación directa.

Esto contribuye notablemente a la interpretación del «test», puesto que, junto a la puntuación objetiva arrojada por la prueba, se han podido comprobar algunas peculiaridades.

Observando los resultados se ponen de manifiestos los siguientes datos:

En niñas, ordenados los cocientes del Stanford de mayor a menor, quedaban encuadrados entre los límites 87 y 28, respectivamente, con una media de 56, mientras los del Goodenough oscilaban entre 92 y 27, con 53 de media. Como se puede apreciar, hay una mayor dispersión de valores en la serie segunda, respecto de la primera.

En los niños, la serie de cocientes de Stanford estaba comprendida entre 82 y 40, con media de 63, y la de dibujo tenía como límites 96 y 35, respectivamente, y 57 de media. En los niños se acentúa más la dispersión de los valores del Goodenough, pues entre los rangos límites de la serie hay una diferencia veinte veces mayor que los del Stanford.

Finalmente, hallada la correlación entre ambas series, hemos obtenido un coeficiente de 617 para las niñas y de 601 para los niños, y si nos atenemos al criterio de valoración corriente que considera despreciable la correlación cuyo coeficiente no pase

de 20, baja de 20 a 40, franca de 40 a 60 y alta de 70 en adelante, vemos que, en nuestro caso, hay una correlación marcada entre ambas pruebas. Ahora bien, esta correlación es el resultado de la apreciación conjunta de los cocientes de ambas series, por lo cual, compensándose unas medidas con otras, arrojan el término medio de una franca correlación. Sin embargo, si observamos por separado las puntuaciones de cada individuo en las dos series, veremos que no coinciden exactamente ambos cocientes. Únicamente se ha dado, entre los niños, un caso en que el cociente obtenido por el Stanford y el Goodenough eran idénticos; los demás varían entre sí de una a diez décimas, acusándose en algunos casos, cinco entre las niñas y cuatro entre los niños, una diferencia de hasta 20 décimas.

En general, lo mismo en niños que en niñas, la puntuación del «test» de dibujo es menor que la del Stanford; sin embargo, en los casos de extrema diferencia, suele ostentar el mayor cociente la prueba de dibujo.

Especificaremos un poco los casos apuntados. Las notaciones han sido: (60-79), (55-90), (60-31), (60-46). En los dos primeros pares de valores la prueba de dibujo supera a la verbal; en los dos últimos ésta monta sobre aquélla. Las causas que motivaron esta desigualdad han sido las siguientes: las dos primeras puntuaciones corresponden a deficientes mentales que padecen, además, defectos de audición, los cuales no sólo entorpecen las funciones propias del órgano, privándoles del enriquecimiento intelectual por vía auditiva, sino que las predispone a defectos de pronunciación al no percibir correctamente los sonidos. Pues bien, como el Stanford es eminentemente verbal, aunque contenga algunas pruebas de dibujo y ejecución, adolece en sus respuestas de esa imperfección, ya que el oído interviene muy principalmente en la aplicación del «test». Por el contrario, el Goodenough, que es precisamente práctico, salva en su aplicación el fallo auditivo. He ahí justificada la superioridad del cociente deducido del dibujo.

Los otros dos pares de valores (60-31) (60-46) pertenecen a otras dos pequeñas deficientes hemipléjicas del lado derecho; la primera producida por parálisis infantil, y la segunda a consecuencia de una lobotomía verificada a muy corta edad; ambas, some-

tidas a ejercicio y adiestramiento motriz, se valen de los dos miembros, superior e inferior, pero funcionan con torpeza e imperfección (lo cual se refleja en el dibujo), relajando notablemente el cociente obtenido en el Stanford.

Y para completar la observación que sobre casos aislados venimos haciendo, pondremos de manifiesto otra particularidad observada también en la desigualdad de cocientes: el caso de una débil mental de quince años de edad con síndromes psicopáticos de inestabilidad psicomotriz, cuyos cocientes son 74 y 52, respectivamente. Como se ve, el «test» de dibujo arroja un cociente inferior al del Stanford, y no es por ninguna de las dos causas reseñadas anteriormente, es decir, no tiene una justificación física la desigualdad de las pruebas, sino que es la psicología especial de la pequeña la que modifica el segundo cociente, disminuyéndole. Es una niña de ritmo psíquico muy rápido e incansable, favorecido por una fantasía arrolladora que la lleva a crear tipos rarísimos cuando dibuja, y a describir en resúmenes, llenos de gracia e incongruencias, hechos y escenas de la vida corriente e incluso a explicarse cosas de parajes que no conoce ni ha visto.

En su dibujo se observa el caudal de fantasía que ha volcado en él; pero como para puntuar positivamente la prueba se ha de asemejar lo más posible al tipo corriente de un hombre, y precisamente su dibujo se aparta con mucho de lo real, es por lo que el cociente obtenido es necesariamente más bajo que el del Stanford. No hay tampoco en ella incapacidad para dibujar la figura humana, porque sometida a ejercicio de dibujo, junto a sus compañeras, invitándolas a pintar un niño y una niña, con la advertencia de que serían rechazados los que les faltaran detalles, fué una de las que lo ejecutaron más completo. Ellas en esta ocasión el dibujo suyo no era expresión espontánea, sino sugerida y, en cierto modo, obligada. Todos los dibujos que realiza libremente, sea cual fuere el tema que trate, están impregnados de su fantasía peculiar, que les acerca a los dibujos de esquizofrénicos adultos. Según referencias familiares, el doctor López Ibor diagnosticó síntomas leves de demencia precoz que se resolverían en la pubertad, bien positiva o negativamente, y actualmente han remitido casi en su totalidad, manifestándose en sus reacciones afectivas y de

conducta, después de una labor de psicoterapia continuada y aneja a la tarea educativa.

Las variaciones leves que se acusan en la generalidad de las dos series, descartando los casos extremos que acabamos de reseñar, se reparten proporcionalmente entre ambos cocientes, ya que si en unos es superior en dos décimas en Goodenough, es debido a no haber superado algunas de las pruebas de razonamiento o concepto integradas en el Stanford y, en cambio, han respondido al gráfico por ser más sensible e intuitivo; en otros casos, el Stanford triunfa sobre el Goodenough porque la deficiencia mental va acompañada de torpeza manual y, aunque saben describir un hombre oralmente, no aciertan a plasmarlo en el dibujo que significa una realización concreta de la idea, pues la incapacidad para el análisis, para formar ideas abstractas y relacionar hechos es, en gran parte, la responsable de los defectos que frecuentemente ofrecen los dibujos de los niños deficientes.

Por este motivo, afirma Burt (1), «en los dibujos de anormales se dan especiales diferencias de calidad y carácter, así como una deficiencia general de grado; de ahí que, de ordinario, sea posible distinguir el dibujo de un anormal crecido del que pertenece a un niño normal pequeño».

La propia doctora Goodenough ha realizado una experiencia en La Plata, computando la correlación entre los cocientes dados por ambas pruebas en 334 niños normales. y las series respectivas arrojaban unas desviaciones tipo del 19,1 y 21,2 y una correlación de 741, franca según el criterio de valoración antes apuntado: comparados estos datos con los obtenidos por nosotros en niños anormales se observa gran coincidencia, por cuanto las desviaciones tipos de las series en niñas han sido 15,7 y 18,7, y 9,9 y 13,9 en niños, con correlación de 617 y 603, respectivamente.

* * *

Una vez manifestada la relación de las dos pruebas vamos a observar aspectos particulares del Goodenough. Dentro de éste se consideran como características femeninas las siguientes: nariz

(1) BURT, CYRIL: *Mental and Scholastic Test*, en «Report of the London Country Council», 1921, pág. 326.

representada por dos puntos; pies menores que $1/20$ del largo total; ojos que muestran cejas, pupilas, pestañas, iris; boca en forma de arco de Cupido; cabellos rizados; indicación de mejillas; cabeza más grande que el tronco; piernas no mayores que $1/4$ largo del tronco, entre las más representativas. Entre las masculinas se enumeran: cabeza y pies en la misma dirección; accesorios (pipa, bastón, paraguas, corbata); pantalones transparentes, presencia de tacones, figura caminando o corriendo, brazos que se prolongan por debajo de las rodillas. Pues bien, de todas estas características, y después de un minucioso cotejo de los dibujos realizados, hemos encontrado como exclusivas de las niñas las de la proporción de miembros superior e inferior, los detalles de los ojos y la representación de la nariz por dos puntos en varias de ellas; también se da en una de ellas la presencia de corbata, característica preferentemente masculina. Entre los niños, se presenta muy marcada la longitud desmesurada de brazos, y en un solo caso la actitud de caminar, no registrándose ninguna de las restantes. Es natural que sea menor el número de características masculinas, porque, además de ser menor el conjunto de éstas es también menor el número de niños y hay por ello menos probabilidades de que aparezcan.

Nos ha llamado poderosamente la atención el gran tamaño de la cabeza en todos los dibujos y además el enorme parecido que las caras de los muñecos tienen con sus propios ejecutantes, marcando en el semblante, bien la forma general de la cara, bien los ojos y nariz, si es que éstos son los que presentan una peculiaridad; en una palabra, del mismo modo que la caricatura destaca con exageración el rasgo sobresaliente de un rostro, conociéndose inmediatamente por ello a la persona de que se trata, los pequeños se dibujan a sí mismo; bien es verdad que la cara es la parte del cuerpo que con más frecuencia contemplan, pues se la ven al asearse varias veces al día, al contemplarla en clase en el espejo de lenguaje, al verla reflejada en los grandes ventanales y en el agua del jardín; además es la única parte del cuerpo que va descubierta, ya que las demás las cubren los vestidos y el calzado; ahora bien, ¿serán estos elementos suficientes para explicarlo?

Si pasamos ahora a calibrar las ventajas de ambas pruebas aun teniendo en cuenta que, a pesar de tender a un fin común cual es la medida de la inteligencia, son distintos en los medios empleados, veremos que supera el Stanford al Goodenough por las razones siguientes:

En primer término, refiriéndonos a anormales, que es de los que venimos tratando, existen diversos factores que gravan desde el comienzo de la prueba el resultado final. Resumidos por Meumann (2) los factores que tienden a determinar la incapacidad o la capacidad defectuosa en el dibujo son los siguientes: *a*), carencia de observación analítica por incapacidad o por falta de voluntad para observar; *b*), imaginación visual defectuosa o fugaz; *c*), coordinación visomanual defectuosa; *d*), imperfección del dibujo que interfiere la imagen mnemónica conforme se avanza en el trabajo; *e*), falta de esquemas de dibujos relacionados; *f*), incapacidad para atender y reproducir el espacio tridimensional; y *g*), torpeza manual. Si no todos, algunos de estos factores son inseparables de los deficientes.

Por otra parte, al calificar cada uno de los rasgos del Goodenough, no hay flexibilidad en la puntuación, es decir, no hay opción entre varias respuestas como en el Stanford, en el cual, por ejemplo, de tres frases que ha de repetir el sujeto basta con que repita una bien para que salve la prueba, mientras que cuando en el «test» de dibujo se puntúa la inserción de los miembros en el tronco, si brazos y piernas no lo están, la prueba es negativa, aunque el sujeto haya colocado bien las piernas, equiparando este sujeto al que los coloca en forma disparatada, siendo así que debería existir un grado intermedio.

Por último, y esta es la mayor ventaja que encontramos en el Stanford, tenemos la posibilidad de interpretar analíticamente el cociente obtenido y expresarle gráficamente en un perfil; éste nos ofrece un esquema general de la proporción que guardan entre sí diversas facultades dentro de un nivel mental determinado. El procedimiento seguido para la obtención del perfil que propugnamos es sencillo y viable. Una vez aplicada la prueba y obtenido el

(2) MEUMANN, ERNST: *Ein Programm zur psychologische Untersuchung des Zeichensne*, en «Zeitschrift für pädagogische Psychologie». Vol. 13, 1912.

cociente de la misma se hace el cómputo correspondiente a las distintas facultades, de acuerdo con la tabla aneja al «test» de Stanford, que es la siguiente:

REVISIÓN DE STANFORD

<i>Sensibilidad</i> (1)	<i>Concepto</i> (19)	<i>Concepto y razonamiento</i> (11)
V, 3.	III, 1-2-4-5. V, spl. V, 1-spl. VII, 1-2. VIII, 5-6. IX, 1. X, 1. XII, 1-2. XIV, 1. XVI, 1. XVII, 1-2.	V, 5. VI, 2. VII, 4. VIII, 1. IX, 5. X, spl. 3. XII, 3-4. XIV, 4. XVI, 1. XVII, 6.
<i>Memoria</i> (20)	<i>Juicio</i> (13)	<i>Razonamiento</i> (14)
III, 6-spl. IV, 6-spl. VI, 6. VII, 3-spl. 1 y 2. VIII, 2. IX, 4-spl. 1. X, 4-spl. 1 y 2. XII, 6. XIV, spl. XVIII, 3-5. XVI, 5-spl. 1.	IV, 1-2-3. V, 1. VI, 3. VII, 5. VIII, 4. IX, 2-6. X, 6. XII, 8. XIV, 3. XVI, 3.	IV, 5. VI, 4. VIII, 3. IX, 3-spl. 2. X, 2-5. XII, 5-7. XIV, 2-5. XVI, 2-spl. 2. XVIII, 4.
<i>Concepto y memoria</i>	<i>Percepción e intento</i> (5)	<i>Intento</i> (1).
III, 3. VI, 5. VIII, spl. 1. XIV, 6.	IV, 4. V, 6. VII, 6. VIII, spl. 1. X, 3.	V, 4.

Con los protocolos a la vista es muy fácil ir calculando la sensibilidad, memoria, etc., por las respuestas dadas por el sujeto. Por ejemplo, suponiendo que una E. M. de ocho años y teniendo presente la tabla anterior, se hace el recuento de todas las respuestas positivas de memoria, concepto, etc., y cada una de dichas valoraciones nos dará un número, el cual llevado a una cuadrícula en la

que perpendicularmente se anotan los diez epígrafes correspondientes a las facultades y horizontalmente el número obtenido en el recuento, nos permitirá obtener una línea quebrada al unir los puntos representativos de los números, esto es, un perfil.

Para aclarar esta idea damos a continuación los resultados del Stanford aplicado a una niña de catorce años; el C. I. obtenido es de 0,56 y valoradas las respuestas positivas, conforme a la tabla indicada, nos dió el resultado siguiente: Sensibilidad, 1; Concepto y sensibilidad, 1; Memoria, 7; Concepto y memoria, 3; Concepto, 9; Juicio, 7; Concepto y razonamiento, 4; Razonamiento, 3; Percepción e intento, 4; Intento, 1.

Después de haber obtenido el perfil correspondiente al C. I. puede comprobarse si es que corresponde a la E. M. dada o, por el contrario, presenta divergencias, lo que sucede generalmente, si se trata de niños anormales. La comprobación es rápida por cuanto no hay más que ir sumando en cada epígrafe las pruebas positivas dadas por el sujeto junto con las que debería haber dado, que son las que acusan el déficit. Estos números, transformados en puntos de la cuadrícula, nos darán el perfil que se ajustaría verdaderamente a la edad mental alcanzada en la aplicación de las pruebas.

Aunque es susceptible de aplicarse a la generalidad de sujetos, nos hemos dedicado a niños anormales, para sacar el mayor partido posible del valor discriminativo de los perfiles. Entre otras ventajas nos ofrece las siguientes: La confianza del perfil es bastante significativa por estar basada en las propias respuestas del sujeto exigidas para la obtención de su C. I.

Nos permite comprobar el grado de desarrollo de cada facultad o combinación de facultades, acusándose si es elevado, mediano o casi nulo, dentro de la anormalidad: unos acusan una memoria feliz junto a una percepción muy deficiente; otros manifiestan un razonamiento mediano al lado de una memoria deficitaria. Es, en cierto modo, lo que acontece en el recuento global de los análisis clínicos.

Ofrece, además, el perfil, numerosas oportunidades para establecer comparaciones entre sujetos calificados con un mismo C. I., pero cuyas aptitudes muestran un desarrollo distinto: igualmente facilita la comparación de dos o más sujetos afectados de una misma

enfermedad mental o deficiencia, pero de C. I. distinto. La obtención generalizada de perfiles nos irá proporcionando datos abundantes de cuyo denominador común puedan deducirse algunos rasgos de valor diagnóstico en las enfermedades mentales, al poner de manifiesto los frecuentes fallos de oligofrénicos, epilépticos, psicópatas, etc.

Unidas a estas observaciones de tipo psicológico están las pedagógicas ya que el conocimiento, lo más exacto posible, revelado en el perfil, facilita el dirigir los esfuerzos educativos precisamente hacia aquellas aptitudes que necesitan incrementarse por su escaso desarrollo o a compensar con otras las que presentan atrofia o regresión en su evolución, siempre, como es lógico, dentro de las posibilidades humanas.

* * *

Esta superioridad del Stanford deducida de nuestra experiencia, la hemos visto contrastada en las palabras del propio Terman (3), en el prólogo al *Manual del Test*, de Goodenough, cuando dice que «la autora no pretende que su escala reemplace satisfactoriamente a tests individuales como el Stanford, pero demuestra que su utilidad es indiscutible para exámenes generales y ensayo de clasificaciones, porque es un test no verbal, que no requiere más de diez minutos para el examen de una clase completa y aproximadamente dos para el cómputo de cada niño y resulta particularmente útil, cuando se trata de niños entre cuatro y diez años de edad mental».

Ahora bien, esta desigualdad no obsta para que sigamos aplicando conjuntamente ambas pruebas, puesto que se sirven recíprocamente de contraste y porque ambas nos proporcionan un C. I. mucho más rico en significado y confianza, ya que nos ofrecen una visión más amplia que la unilateral, deducida de la aplicación de un solo test. Pero no nos conformamos con la fría aplicación de la prueba en gabinete, desentendiéndonos de la observación directa de la personalidad del sujeto, porque el C. I. obtenido en estas con-

(3) TERMAN, LEWIS. M. : Prólogo al *Manual del Test de Inteligencia Infantil*, de F. GOODENOUGH. Edit. Paidós, Buenos Aires, 1951, pág. 24.

diciones no tiene valor absoluto, sino relativo al sujeto sometido a la prueba y con vistas a su educación; y, si desligamos ese resultado del sujeto mismo, no podremos explicarnos los fallos en que incurrió en el desarrollo de la prueba, e incluso la confirmación de los aciertos; y precisamente en la observación está la clave para conocer las causas de ellos.

No hacemos con esto otra cosa que cumplir con el fin principal del psicólogo, el cual, como el P. Gemelli indica (4), «se ha de proponer, no el estudiar cada una de las funciones, determinar sus variaciones y las eventuales conexiones y coordinaciones, sino más bien buscar el significado más profundo de los hechos que se estudian. Esto solo puede hacerse conociendo bien la naturaleza humana, los caracteres, los aspectos, las manifestaciones de la personalidad de cada hombre. Cualquier otra búsqueda que pueda realizar el psicólogo no sería más que un presupuesto, pero sólo un presupuesto de este difícil deber. Cualquier factor psíquico no puede ser estudiado separadamente de la personalidad, si no es por alguna necesidad técnica particular de alguna investigación especial. Debe seguir al estudio de cada una de las funciones o aspectos de la vida psíquica el de la coordinación armónica de las diversas actividades psíquicas y funciones para conseguir dar la unidad propia de la personalidad perfecta.»

ISABEL DÍAZ ARNAL

Del Instituto de Anormales «Fray Bernardino
Alvarez». — Madrid.

(4) GEMELLI, FR. AGUSTÍN: *Psicología de la edad evolutiva*. Ediciones FAX, Madrid, 1953, pág. 276.